

En ANITUA, Gabriel Ignacio, *Historia de los pensamientos criminológicos*, Ed. Del Puerto, Buenos Aires, 2005.



## Prólogo

**E. Raúl ZAFFARONI**

Desfilan por estas nutridas y densas páginas teorías, opiniones, investigaciones, autores. El texto tiene la virtud de no fijarlos fotográficamente sino de mostrarlos de modo dinámico, cinematográficamente. Es el largometraje de la cuestión penal.

Anitua los titula historias, y lleva razón, porque son muchas y no una única historia, y también se ajusta a la verdad el empleo plural de pensamientos. Quien repase estas páginas verificará no sólo que tampoco hubo un único pensamiento criminológico, sino que, por el contrario, su multiplicidad es directamente asombrosa. Quizá no acierte tanto en conceder a todos la jerarquía de pensamiento, pero convengamos en que eso depende de lo que se entienda por tal, es decir, si algunas –o muchas– perversiones discursivas o racionalizaciones genocidas merecen ese calificativo. Cabe admitir también que no es sencillo hallar un sustantivo libre de connotaciones, justa o injustamente peyorativas o limitativas, como sucedería si se empleasen expresiones como ideologías, teorías, discursos, etcétera.

De cualquier manera, muy preciso resulta el uso de historias, porque evocan lo que tiene vigencia presente, y, por cierto, nada de lo que aquí se menciona ha desaparecido, todo vuelve o permanece, porque en criminología nada muere sino que, simplemente se transforma y reaparece en diferente atuendo. El recorrido de este libro es imprescindible para que no nos sorprendan pretendidas novedades salidas de los museos, incluso paleontológicos. Cuando de ideologías criminológicas se trata y especialmente de racionalizaciones justificadoras de la represión ilimitada y de la muerte, Lucy camina entre nosotros. Contengo la pluma para no sintetizar aquí las tesis de los primeros criminólogos teóricos, que fueron llamados demonólogos, y que nutrieron a los

primeros criminólogos clínicos, los exorcistas, pero si lo hiciese podría verificarse la presencia de elementos estructurales constantes.

Nadie crea, pues, que está leyendo curiosidades del pasado, pues se halla ante entes bien presentes, algunos hoy increíblemente rejuvenecidos. Las historias de la criminología son las historias de la exclusión, de los genocidios, del racismo, de todas las discriminaciones con las que los seres humanos trataron de jerarquizarse, como también las de todas las respuestas con que se quisieron contener o deslegitimar todos esos crímenes y aberraciones.

Al leer el texto vemos que el autor amplía el contenido del trabajo mucho más allá de lo que usualmente se entiende por una simple historia criminológica. En principio, no puede evitar referirse al derecho penal. Con un poco más de desarrollo sería una completa visión histórica de toda la cuestión penal. Y no puede ser de otro modo, porque la división es artificial, ambos saberes siempre tuvieron que andar juntos, y aunque de vez en cuando simulasen algún divorcio o pasajera desavenencia, lo cierto es que incluso en esos momentos no dejaban –en secreto– de acostarse juntos. Con gran acierto se evita iniciar el recorrido desde la Ilustración o desde Lombroso, sino que la inescindibilidad del saber criminológico y jurídico penal lleva a Anitua a comenzar con el propio poder punitivo. En efecto, la criminología existe desde que existe el poder punitivo. Tampoco puede el autor excluir el pensamiento político; por supuesto que de otro modo muchas tesis serían incomprensibles. Nadie puede omitir el pensamiento político cuando se analiza la teorización o el discurrir acerca de cuestiones que en definitiva son de poder.

Anitua presenta el libro como un texto sintético para estudiantes. No cabe duda que será de extraordinaria utilidad para éstos, les permitirá comprender que lo que se enseña no es una invención reciente y que nadie puede ignorar que está parado sobre siglos de construcción y destrucción, que lejos de caer en la tentación de ceñirse a un autor o escuela –como si todo lo demás fuese superfluo– es indispensable entender que somos sólo un punto en un curso milenario y trágico. Pero me permito observar que no sólo será de utilidad para los estudiantes, sino para muchos profesionales, formados en una enseñanza que con demasiada frecuencia –por no decir casi siempre– ha omitido estos conocimientos, a veces por limitaciones intelectuales de los que la planificaron, y otras con clara intencionalidad reproductora del mismo discurso represivo.

Hay muchos libros que me gustaría leer o que leo con placer; hay muchos más que leo con interés, pero hay muy pocos que me hubiese gustado escribir, y el presente es uno de esos. Realmente, al pasar sus páginas envidiaba al autor, pero como la envidia no es buena, pensaba más constructivamente que sería bueno que este texto se tomase como guía de una obra mucho más ambiciosa y de conjunto, en que muchos autores, conforme a una planificación particularizada, encarasen la profundización de cada uno de los temas o autores de que se trata; una suerte de enciclopedia de los pensamientos –a falta de mejor expresión– sobre la cuestión criminal. Sería una obra colosal en papel, pero quizá no tanto en soporte magnético. Su utilidad sería incuestionable, especialmente cuando constatamos que cualquier irresponsable propone lo

primero que le viene a la mente, generalmente tan poco creativo que a otro se le ocurrió algunos siglos antes y otros –muchos más– sufrieron las consecuencias de la pretendida feliz ocurrencia del genio de turno. Sería una buena empresa de recuperación de la memoria, como lo propone el autor. Alguien ha dicho que el ser humano es el único animal que reitera sus propios errores. No es exacto, los otros animales lo hacen, pero sólo cuando se le alteran sus medios y carecen de respuestas filogenéticamente condicionadas. Como el ser humano vive alterando permanentemente su medio –que es cultural– no puede sorprender su insistencia en los errores, pero en ocasiones la insensatez es de tal magnitud que provoca verdadera indignación. Quizá una obra de esta naturaleza pueda contribuir a evitar esas cumbres de desconcierto.

Sin lugar a dudas que, en el medio nacional y latinoamericano, esta obra tendrá amplia difusión. El estilo es ameno, pese a la inevitable densidad del tema. El autor, con buen criterio, matiza el texto con referencias que ponen de manifiesto su amplia cultura general. Pero, por sobre todo, se trata de una obra que estábamos esperando hace mucho porque la necesitábamos desde mucho antes.